

## OBSCENA DESIGUALDAD

Una calle de París. Elegantes edificios coronados por mansardas. Coches aparcados a ambos lados de la calzada. Dos niñas caminan de la mano y un perro se asoma al bordillo de la acera para observar un pequeño barco de papel que navega hacia la alcantarilla. A bordo de la improvisada nave, un soldado de juguete con su fusil al hombro. Sobre el asfalto, unas bolsas de papel arrugadas, un paquete de tabaco, una colilla, una factura.

*El soldadito de plomo* es uno de los cuentos más conocidos de Andersen. La historia de amor del soldado y la bailarina de palacio se encuentra en el imaginario de los niños de todo el mundo. El ilustrador suizo Jörg Müller retoma el cuento para contarnos una historia con muchos elementos comunes pero al tiempo bien distinta. Sin necesidad de palabras, transforma el cuento en la crónica de un largo viaje, el que emprenden sin pretenderlo un soldadito de plomo y una *barbie*, juguetes de la infancia que una adolescente abandona.

Comienza el viaje en el barco de papel que va a parar a las cloacas de la ciudad; y de allí, soldadito y muñeca, ya siempre juntos, al Sena. Luego al mar, donde son engullidos por un pez que los lleva hasta el puerto de un país africano, llegando más tarde, entre los desechos, a un inmenso vertedero, donde los encuentra una de las personas que escarban entre la basura, que se los lleva como regalo a su hijo.

Aún les aguardan nuevas andanzas al soldadito y su compañera hasta concluir el viaje en el mismo *puerto* del que partieron, igual que le sucede al héroe en las clásicas historias de aventuras. Pero Müller le da una vuelta de tuerca al relato para contarnos otra historia y otro desenlace. Aquí, el amor del soldadito y la muñeca se hace perpetuo, pero no a través del fuego, como en el cuento de Andersen: un final rico y sugerente nos ofrece otras lecturas, que nos hacen reflexionar sobre las condiciones de vida en los países ricos y en aquellos otros que luchan por salir del subdesarrollo, de las relaciones de desigualdad e injusticia, del saqueo a que son sometidos los países pobres, del lujo y la miseria.

En la portada, nos atrae con fuerza la composición a la que Müller recurre con insistencia en este libro. Los fuertes contrapicados ofrecen en una misma ilustración dos escenas distintas, o mejor, dos mundos. Por un lado, el del soldadito y su inseparable compañera; por otro, el mundo real, escenario de las aventuras de la pareja, en el que la vida de todos los días sigue inexorable su curso.

Al relatarnos el periplo de los dos objetos, nos muestra un mundo visto desde abajo, desde los ojos de los juguetes abandonados y las cosas que nadie quiere: cajas de cartón, billetes de metro inservibles, viejos periódicos, envoltorios de golosinas, bolsas arrugadas.

Su mirada se detiene allí donde los demás no solemos mirar: la acera donde se acumula la basura y el despilfarro, los vertederos donde se concentra la suciedad y la pobreza, la precariedad de la vida en un asentamiento de chabolas. Y lo hace para subrayar la obscenidad de la diferencia.

Las ilustraciones, a toda página o doble página, son realistas. Cada escena, dibujada con todo detalle, es de una exactitud fotográfica; y se adivina en ellas un trabajo que busca

la perfección y la objetividad. La sucia espuma de las cloacas, las grietas en las fachadas de las casas, los desconchados en las paredes de las habitaciones, las huellas de humedad en el papel pintado, la lluvia sobre los edificios y la superficie del río, la luna entre las nubes y su reflejo sobre las olas, la transparencia de las paredes acristaladas del aeropuerto, los brillos en los mármoles del museo.

En las alusiones a la actualidad, el relato adquiere un carácter documental. Así, en el periódico convertido en barco, encontramos el retrato de Woody Allen y referencias a Jacques Chirac, lady Diana o a la asociación Greenpeace; además de envases de conocidos productos como cajetillas de tabaco, botellas de bebida o bolsas de alimentos. Son detalles que enriquecen la obra y nos permiten entender mejor la historia, mientras se pierden nuestros ojos en la precisión de carteles, muñecos, juegos de ordenador, horarios escolares, ilustraciones en homenaje a los artistas que admira, o alusiones a alguno de sus álbumes más conocidos.

En la composición de las páginas, llama la atención el afán del autor por agrandar lo insignificante, buscando el contraste entre un objeto que está en primer plano y un paisaje que se pierde en la lejanía y que conforma el resto de la imagen; en ocasiones, recuerda algunos cuadros de Memling, en los que tan importantes son las bellas figuras de sus retratos como los paisajes que vemos al otro lado de la ventana.

La paleta de Müller es amplia y recurre, en ocasiones, al choque de los colores primarios, en los juguetes infantiles, por ejemplo, o los rojos violentos en la sangre del pescado o en los camiones de desechos. Pero tiene predilección por los grises y tierras que utiliza de manera magistral en las ilustraciones del asfalto o en las paredes de los edificios; en las moquetas, papeles pintados y maderas de las habitaciones. Su pincelada, a veces rápida y desmañada, otras cuidadosa y refinada, se asienta sobre un dibujo que domina a la perfección la perspectiva y el volumen.

“Lo que yo quiero expresar no es un sentimentalismo melancólico, sino un profundo dolor –escribió Van Gogh-. Quiero que la gente vea en mi obra una sensibilidad delicada, pese a mi reconocida torpeza.” Como el autor de *Comedores de patatas*, Müller nos muestra su preocupación por los más débiles subrayando el contraste entre el despilfarro y la pobreza extrema. Se entretienen, en sus ilustraciones, invenciones y verdades para expresar el anhelo de un mundo mejor. Aunque luego llegue la realidad, y su desmentido. Tan insoportable, que mejor contarla como si fuera un cuento.

**José Luis Polanco**